

EL UTILITARISMO DE BENTHAM Y STUART MILL (*)

por FRANCISCO LETIZIA
Profesor Titular de Fundamen
tos de Filosofía y Director
del Departamento de Discipli
nas Humanísticas en la Facul
tad de Ciencias Económicas
de la U. N. de Cuyo.

Las características del utilitarismo

Ya hemos visto que los positivistas franceses exaltan la ciencia como la única fuerza capaz de perfeccionar el individuo, por su potencia moralizadora y por la capacidad de descubrir la verdad. Se cree hallar en ella la garantía de un auténtico progreso intelectual y social de la humanidad, y se declara que una reforma intelectual forzosamente precede a una reforma social. Este espíritu positivista se irradia muy pronto en Italia, donde el exponente principal es Roberto Ardigó. En España, se introduce tardíamente debido a la moda dominante de Krausismo (296) y su influencia es muy modesta. En cambio, En Brasil, Argentina y Chile encuentra va

(*) Este trabajo es el capítulo noveno del segundo tomo de la obra *Fundamentación Filosófica de las Doctrinas Económicas*, próximo a publicarse. En las citas se ha mantenido la misma numeración que en el original.

(296) Carlos Krause (1781-1832), pensador alemán de escasa importancia, aspira a ser el continuador de la filosofía auténticamente kantiana. Es autor de numerosas obras redactadas, desgraciadamente, en forma oscura y con una terminología complicada: *Bosquejo de sistema de filosofía*, *Sistema de moral*, *El ideal de la humanidad*, *Bosquejo del sistema del derecho*, etc.. El Krausismo español está integrado por Francisco Giner de los

rios adeptos, cuya actividad adquirirá con el tiempo mucha notoriedad. En Alemania no enucentra eco debido a que otra corriente, el marxismo, busca, en la interpretación económica de la historia, la base filosófica de su programa de revolución social y política. Por el contrario, en Inglaterra habrá de encontrar grandes representantes cuyas doctrinas positivistas se encauzan en dos direcciones: *el utilitarismo*, con su lógica inductiva y su asociacionismo psicológico, liderado por Bentham y Stuart Mill; y *el evolucionismo*, con Spencer y Darwin.

El positivismo inglés presenta características especiales que le diferencian notablemente del positivismo francés. Por de pronto, se conecta con el empirismo y pragmatismo tradicional del pueblo inglés y por el predominio de los problemas éticos se orienta hacia el utilitarismo.

Comte ya había precisado que el término *positivo* incluía los dos atributos de realidad y utilidad cuya sola combinación bastaría para definir, en adelante, el verdadero espíritu positivo (297). Sin embargo, son los ingleses los que, en forma concreta elaboran, a fines de siglo XVII, la doctrina del utilitarismo afirmando que el análisis de los motivos concretos de nuestra conducta lleva a la conclusión de que la búsqueda de la utilidad es el impulso fundamental de todos nuestros actos.

Se da el nombre de utilitarismo a varias doctrinas morales que sitúan el valor supremo en la utilidad, entendiendo por *útil* todo lo que es placentero. En este sentido podemos encontrar antecedentes del Utilitarismo en el antiguo Hedonismo y el Epicureismo.

Entre los socráticos menores encontramos a Aristipo

Ríos, Federico de Castro y Alfredo Calderón quienes, desde la Facultad de Derecho de Madrid, influyen en el ambiente político y cultural español, fomentando una total libertad de pensamiento. Muy pronto el Krausismo deja de ser un simple movimiento filosófico: neokantiano para convertirse, en un vasto y complejo movimiento de renovación espiritual. De esta manera llega a ser sinónimo de *renovación* para un nuevo humanismo.

(297) COMTE, A., *Système de politique positive*, I, pág. 57.

de Cirene (hacia el año 360 a.c.), fundador de la Escuela Cirenaica, quien afirma que el *hedoné* (placer) es un bien y que, por lo tanto, debe ser procurado. El ideal de vida debe consistir en la búsqueda del mayor número de sensaciones placenteras. Sus discípulos, Aristipo el joven, Areta, Teodoro el ateo, etc., llevan luego a la escuela cirenaica a fundirse con el Epicureísmo.

Por su parte Epicuro de Samos (341-320) enuncia, como principio fundamental de su doctrina, que el placer es el bien y el dolor el mal. La vida humana es una mezcla de placeres y dolores. Los dioses son los únicos que viven en una eterna felicidad, debido a que su vida es un continuo disfrute del placer sin mezcla de dolor. El ideal de la vida humana consiste en acercarse a ese estado de felicidad. Para ello es necesario proporcionarse la mayor cantidad posible de placeres. Todos los problemas humanos deben resolverse en función de este criterio. La amistad, por ejemplo es aconsejable porque proporciona placer, mientras que el matrimonio no, porque origina preocupaciones, disgustos y dolores. La moral de Epicuro, si bien en un primer momento otorga importancia al placer sensible, empieza, paulatinamente, a descartarlo a causa de los males que lleva inherentes convirtiéndose, así, en una moral de renunciamiento ascético, afirmando que la meta final debe ser la imperturbabilidad, o *ataraxia*. En este sentido, la doctrina epicureísta se acerca mucho al Estoicismo. Sin embargo, olvidando las enseñanzas del maestro, los epicúreos posteriores van a subrayar, en modo particular, la búsqueda de los placeres sensibles.

Entre los hedonistas y los epicúreos podemos notar la siguiente distinción: los primeros consideran que el *placer material* o sensible es el fundamento indispensable del *placer espiritual*. Pero debido a que este placer sensible es algo presente, se inclinan a considerar solo el placer actual como bien verdadero. En cambio, los epicúreos destacan la importancia de los *placeres moderados* que permiten evitar los dolores, así como cierta *participación en los placeres* a través de una comunidad de amigos.

Ahora bien, por *útil* hay que entender lo que puede servir para satisfacer necesidades humanas, ya sean de orden individual o colectivo. Lo útil es casi siempre placentero, ya que todo lo que satisface una necesidad, un deseo o ambas cosas, tiene que producir algún placer. Por supuesto que no todo lo que es útil es placentero, por lo menos en un sentido inmediato. Una intervención quirúrgica, por ejemplo, puede ser muy útil pero no por eso debe considerarse placentera. Sin embargo se puede argumentar que esa experiencia dolorosa, a la lar

ga podrá procurar un placer y evitar dolores más graves. Es decir que en la mayoría de los casos los conceptos de placer y de utilidad van unidos.

El utilitarismo, pues, sitúa el valor supremo en la utilidad y todos sabe que el pensamiento inglés ha sido siempre amigo solo de las realidades concretas, prácticas y útiles. Por eso, el utilitarismo de Bentham y Stuart Mill no carece de precedentes entre los mismos ingleses. Locke, por ejemplo, en su *Essay concerning Human Understanding*, identifica el bien y el mal moral con el placer y el dolor que son como *sus naturales recompensas y castigos*. (298)

Por su parte Hume, si bien no profundiza la ética en la misma medida que otros problemas filosóficos, expone una doctrina claramente utilitarista. A tal efecto, bastan estas simples afirmaciones:

Se denomina virtuosa cualquier cualidad que por el simple examen de la mente proporciona placer; así como toda cualidad que produce dolor se le llama vicio...Es claro que cuando esperamos dolor o placer de un objeto sentimos, en consecuencia, una emoción de aversión o inclinación y somos llevados a buscar o evitar lo que nos produce placer o sufrimiento. (299)

También Hutcheson puede considerarse, en cierto sentido, como un antecesor del utilitarismo, usando la fórmula *la mayor felicidad para el mayor número* (300) que más tarde, es difundida por Bentham. Pero, en honor a la verdad, solo Bentham y Mill elaboran un utilitarismo sistemáticamente amplio y detallado.

Con respecto al término *utilitarismo*, John Stuart Mill en dos de sus obras, *Utilitarismo* y *Autobiografía*, sostiene lo siguiente:

(298) LOCKE, J., *Essay concerning Human Understanding*, II, 18.

(299) HUME, D., *A Treatise of Human Nature*, III, 3.

(300) Esta fórmula ya se encuentra en la obra del italiano Cesare Beccaria.

The author of this essay has reason for believing himself to be the first person who brought the word utilitarian into use. He did not invent it, but adopted from a passing expression in Mr. Galt's "Annals of the Parish".

El autor de este ensayo tiene razones para creer que ha sido el primero en usar la palabra "utilitario". No la acuñó pero la sacó de una expresión incidental, en los "Anales de la Parroquia" del Sr. Galt. (301)

Pero David Baumgardt ha descubierto que Bentham ya había usado este término en un texto escrito hacia el año 1780 y publicado póstumamente. (302)

Sea como fuese, Bentham y Mill entienden por el término *útil* el aumento del placer y la disminución del dolor, pero con una distinción. Bentham se afina en tres supuestos psicológicos: a) el único objeto posible de la voluntad es el placer o la ausencia del dolor; b) el placer es susceptible de medida; c) los placeres de distintas personas pueden compararse entre sí, ya que la sociedad es un agregado de individuos a los que deben darse las mismas oportunidades de placer. Por esto afirma Bentham el egoísmo como único impulso sobre el cual hay que fundamentar la ética.

En cambio Mill niega el primer supuesto de Bentham, al distinguir entre placeres superiores e inferiores, estableciendo que es mucho mejor ser un Sócrates insatisfecho que un loco satisfecho. Pero, al no poder apoyar la doctrina utilitaria en el egoísmo, trata de edificarla sobre el carácter social del hombre. Por otra parte, Bentham determina el aumento del placer y la disminución del dolor de un modo puramente cuantitativo, mientras que Mill subraya vigorosamente el carácter cualitativo, debido a que *algunos placeres son más valiosos que otros*. Si la calidad es tenida en cuenta en todas las cosas, sería absurdo no darle importancia en el campo moral. Mill, pues, se opone netamente al *utilitarismo vulgar* y su actitud permite señalar no solo la superioridad específica de los place

(301) MILL, J. S., *Utilitarianism. Liberty. Representative Government*, Introduction by A. D. Lindsay, London, J. M. Dent and Sons, 1954, pág. 6.

(302) FERRATER MORA, J., *Diccionario Filosófico*, tomo II, Buenos Aires, Sudamericana, 1965, pág. 279.

res intelectuales y afectivos sobre los sensibles sino superar también y de un modo radical, todo hedonismo corriente.

Jeremías Bentham (1748-1832)

El utilitarismo puede ser considerado -según Abbagnano (303)- como *la primera manifestación del positivismo en Inglaterra*. Se trata de un positivismo social según el cual las tesis filosóficas son consideradas como instrumentos de renovación o de reforma social. En realidad, el utilitarismo se relaciona estrechamente con una actividad política de tendencia radical o socialista. Bentham, en efecto, es uno de los dirigentes más activos del partido radical que tiene un programa de grandes reformas legislativas para promover el mejoramiento social y moral del pueblo.

Graduado en leyes en la Universidad de Oxford, publica, en 1776, su primera obra titulada *Fragment of Government* en que ya se establecía el principio de utilidad como base de la organización de la sociedad política. Sigue un escrito de economía: *Defence of Usury* (1787) y, más tarde, su obra mayor, *Principles of Morals and Legislation*, fruto de muchos años de reflexión. Vive con entusiasmo los advenimientos de la Revolución Francesa, aunque reprueba sus métodos sangrientos, pues cree que el progreso y las reformas democráticas pueden realizarse por medio de la persuasión. Su *Deontology of the Science of Morality* es publicada póstuma, en 1834, por uno de sus discípulos.

Conviene precisar que todos los filósofos que, desde Epicuro, han sostenido la teoría del placer, siempre han utilizado el término *placer* identificándolo con el de *utilidad*. Este principio de utilidad, para Bentham, es indemostrable puesto que es evidente y fundado en la experiencia. En efecto, todos buscan la felicidad aspirando al mayor placer y, por lo tanto, todos lo aplican en la práctica, aunque lo ignoren. La conducta humana está determinada por dos únicos motivos: la tendencia al placer y la fuga del dolor.

La naturaleza ha colocado a la humanidad bajo el gobierno de dos soberanos: el dolor y el placer. A ellos les pertenece indicarnos lo que debemos hacer y también determinar lo que haremos. La norma de lo bue

(303) ABBAGNANO, N., *Historia de la Filosofía*, t. III, Barcelona, trad. de J. Esterlich, Montaner y Simón, 1956, pág. 141.

no y de lo malo de un lado, y las cadenas de causas y efectos, de otro, se afirman en su trono. Nos gobiernan en todo lo que hacemos, en todo lo que decimos, en todo lo que pensamos: todo esfuerzo que podamos realizar para librarnos de esta sumisión, solamente servirá para demostrarla y reafirmarla. De palabra se puede pretender renunciar a su imperio, pero en la realidad se estará sometido en todos los instantes. El "principio de utilidad" reconoce esta sumisión y la acepta como fundamento de un sistema, cuyo objetivo es levantar el edificio de la felicidad por medio de la razón y de la ley. (304)

Por principio de utilidad Bentham entiende aquél que aprueba o desaprueba cualquier acción, por medio de la cual se pueda aumentar o disminuir la felicidad de aquellas personas cuyos intereses están en cuestión.

Entendemos por utilidad aquella propiedad existente en cualquier objeto, por medio de la cual tiende a producir beneficio, ventajas, placer, bien o felicidad (todo esto, en el presente caso, viene a significar lo mismo) o (lo que también coincide con el mismo significado) que previene contra el daño, el mal, la desgracia a aquél cuyos intereses están en consideración: si se trata de la comunidad en general, entonces de la felicidad de la comunidad; si de un individuo particular, de la felicidad de ese individuo. (305)

Como es fácil apreciar, el término *utilidad*, si bien aplicado al mundo moral, se confunde con la categoría de los bienes económicos. En efecto, todos los utilitaristas ingleses consideran estrechamente unidas sus teorías filosóficas con las de los economistas. El pensamiento inglés ha sido siempre muy amigo de la experiencia, de la realidad concreta y por eso no acepta las conclusiones sociológicas deducidas rigurosamente por Comte, sino que prefiere considerar los hechos sociales

(304) BENTHAM, J., *Introducción a los principios de la moral y de la legislación*, I, 1. En: FARRE, L. *Los utilitaristas*, Buenos Aires, Futuro, 1945, pág. 71.

(305) *Ibidem*, I, 3, pág. 72.

en íntima conexión con las leyes económicas. Para Bentham el fin de la legislación y de la moral es producir *la más grande felicidad para el mayor número de hombres posibles*. Los verdaderos intereses de los individuos, si son lúcidamente calculados, concuerdan entre sí, movidos por una especie de *armonía natural* que produce una felicidad colectiva. El objetivo principal de la moral es el de poner freno al individuo que, en su imprudencia está adoptando decisiones irremediables. La moral, al *regularizar el egoísmo*, no elimina el placer o la utilidad, sino por el contrario, propone al individuo un goce mayor. La virtud, pues, es lo que maximiza los placeres y minimiza los dolores. Al limitar voluntariamente nuestro egoísmo adquirimos el derecho de esperar, en compensación, la ayuda y la recompensa de los otros. Esta conducta es posibilitada por las *sanciones* que inducen al individuo a respetar la vida y los bienes de los demás porque, en caso contrario, estos tampoco los respetarán. Existen distintas clases de sanciones: físicas, políticas, morales y religiosas y todas tienden a la realización de una *armonía natural*.

El placer y el dolor surgen de cuatro causas bien distintas; consideradas separadamente se puede denominar físicas, políticas, morales y religiosas; y en la medida en que los placeres y los dolores que les pertenecen pueden imponer fuerza obligatoria a una ley o regla de conducta, deben ser denominadas sanciones. (306)

Las sanciones físicas provienen de nuestra naturaleza; las políticas son aquellas que derivan de la acción legislativa; las sanciones morales son las que se derivan de otros individuos y por último, las sanciones religiosas son las que se pueden experimentar en una *vida futura* y, precisamente por eso, *no podemos saber de qué naturaleza son. (307)*

Una acción, entonces, puede decirse que está de acuerdo con el principio de la utilidad... cuando la tendencia que tiene a aumentar la felicidad de la comunidad es mayor que cualquier otra tendencia para disminuirla. (308)

(306) *Ibidem*, III, 2, pág. 82.

(307) *Ibidem*, III, 10, pág. 83.

(308) *Ibidem*, I, 6, pág. 72.

Todo individuo, antes de obrar, debe medir los placeres y elegir, entre las diversas acciones posibles las que contribuyan a aumentar la felicidad individual, y por ende, la general. Es decir que se debe realizar un balance de los placeres y de los dolores derivados de una determinada acción, teniendo en cuenta los siguientes elementos: intensidad, duración, certeza, fecundidad, proximidad, etc.

To a person considered by himself, the value of a pleasure or pain considered by itself, will be greater or less, according to the four following circumstances:

1. *Its intensity.*
2. *Its duration.*
3. *Its certainty or uncertainty.*
4. *Its propinquity or remoteness.*

These are the circumstances which are to be considered in estimating a pleasure or a pain considered each of them by itself. But when the value of any pleasure or pain is considered for the purpose of estimating the tendency of any act by which it is produced, there are two other circumstances to be taken into account: these are,

5. *Its fecundity, or the chance it has of being followed by sensations of the same kind: that is, pleasures, if it be a pleasure: pains, if it be a pain.*
6. *Its purity, or the chance it has of not being followed by sensations of the opposite kind: that is, pains, if it be a pleasure; pleasures, if it be a pain.*

.....

To a number of persons, with reference to each of whom the value of a pleasure or a pain is considered, it will be greater or less, according to seven circumstances: to wit, the six preceding ones; viz.

1. *Its intensity.*
2. *Its duration.*
3. *Its certainty or uncertainty.*
4. *Its propinquity or remoteness.*
5. *Its fecundity.*
6. *Its purity.*

And one another; to wit:

7. *Its extent; that is, the number of persons to whom it extends; or (in the other words) who are affected by it.*

.....

Take an account of the number of persons whose interest appear to be concerned...Take the balance:which, if on the side of the pleasure, will give the general tendence of the act, with respect to the total number of individual concerned; if on the side of the pain, the general evil tendency, with respect to the same community.

Para una persona que reflexione, el valor de un placer o dolor estudiado en sí mismo, será mayor o menor en conformidad con las cuatro circunstancias siguientes:

- 1. Su intensidad.*
- 2. Su duración.*
- 3. Su certeza o incertidumbre.*
- 4. Su proximidad o lejanía.*

Estas son las circunstancias que deben tenerse en cuenta para apreciar un placer o dolor en sí mismo. Pero cuando el valor de cualquier dolor o placer es considerado con el propósito de estimar la propensión a un acto cualquiera por el cual es realizado, hay otras dos circunstancias que deben ser tenidas en cuenta; estas son:

- 5. Su fecundidad, o la probabilidad que tiene de que le sigan sensaciones de la misma clase; esto es, placeres, si se trata de placer; dolores, si se trata de dolor.*
- 6. Su pureza, o la probabilidad que tiene de que no será seguida por sensaciones opuestas; esto es, dolores, si se trata de placer; placeres, si se trata de dolor.*

.....

En cuanto al número de personas, con referencia a las cuales debe considerarse el valor del placer o del dolor, será mayor o menor de acuerdo a siete circunstancias: a saber, las seis precedentes y una más, vale decir:

- 1. Su intensidad.*
- 2. Su duración.*
- 3. Su certeza o incertidumbre.*
- 4. Su proximidad o lejanía.*
- 5. Su fecundidad.*
- 6. Su pureza.*

Y otra, a saber

- 7. Su extensión, esto es, el número de personas a las que se extiende o (en otras pala-*

bras) resultan afectadas. (309)

Téngase en cuenta el número de personas cuyo interés puede resultar afectado... Tómese la "balanza"; ésta si se inclina del lado del "placer", la tendencia del acto será buena en general, con respecto al número total o comunidad de los individuos interesados (afectados) si se inclina por el lado del dolor, la tendencia general será mala, con relación a la misma comunidad. (310)

La moral de Bentham, pues, no es una ciencia de los deberes, sino *la ciencia de lo que conviene hacer*. Su fundamento es el principio de utilidad, entendida en su expresión completa de que toda acción es buena o es mala en cuanto tiende a aumentar o disminuir *la suma de la felicidad pública*. Bentham llama a su doctrina moral con el término *Deontología*, tomando esta palabra de la primera acepción del verbo griego *Dei*: lo que se debe hacer. Esta regla de conducta vale para la moral, la religión y la política. La deontología, pues, es *la ciencia de la felicidad* fundada en motivos extra legislativos, mientras que la jurisprudencia es la ciencia por la cual la ley es aplicada a la producción de la felicidad. Se puede definir la felicidad como la posesión de los placeres con exención de penas, o la posesión de mayor suma de placeres que de penas. Así que toda la moral de Bentham se reduce a una serie de reglas de *cálculo matemático*. El deontologista es un *aritmético* cuyos guarismos son las penas y los placeres. El también resta, suma multiplica y divide y en esto consiste toda la vida virtuosa. (311)

Esta es la famosa *aritmética moral* de Bentham. Se trata, pues, de una aritmética de placeres y dolores. Si esta suma da un resultado positivo, indicando un predominio de utilidad, entonces la acción debe realizarse; de lo contrario, es preferible omitirla. En todo este proceso la conciencia moral se deja de lado por ser una *simple opinión*. Con este fundamento la moral

(309) BENTHAM, J., *The psychology of economic man*. In J. Bentham's Economic Writings. Critical edition based on his printed works and unprinted manuscripts by W. Stark. Vol. 3 London, The Royal Economic Society, 1954, pág. 435/7.

(310) *Ibidem*.

(311) Cfr. Bentham, J., el tomo primero y el capítulo cuarto del tomo segundo de su *Deontología*.

se hace tan exacta como las matemáticas y una acción es buena si provoca la mayor felicidad para el mayor número de individuos. Fuera de este cálculo, no hay otra cosa que conceptos *ficticios*, como la *conciencia moral* o el *sentido moral* de que *hablan algunos filósofos*. Solo el placer y el dolor son *springs of action* (resortes o fuerzas activas). Quitad los placeres y los dolores -dice Bentham- y no solo la felicidad, sino también la justicia, el deber, la obligación y la virtud se transformarán en palabras vacías. Por eso se preocupa por establecer una *tabla* completa de los motivos de acción que deben servir como una guía para cualquier legislación futura. Esta tabla precisa, en primer lugar, la *medida* del placer y del dolor en general; clasifica, además, las distintas *especies* de dolor y de placer y, en tercer lugar, considera su duración, proximidad, intensidad, etc. Falta, pues, en todas estas consideraciones, un adecuado estudio sobre la conciencia, la rectitud moral y el deber. Es cierto que en sus *Principios de la moral y la legislación* dedica un capítulo al estudio de la conciencia, pero se trata de un análisis muy superficial e impreciso que se reduce a unos pocos párrafos.

La conducta humana se gobierna por el instinto de lograr el placer y de evitar el dolor. Todos los hombres estamos necesariamente sometidos a estos dos soberanos que, en el mundo moral, adquieren el nombre de virtud y vicio; bien y mal. El utilitarismo de Bentham pues, se basa en una inclinación instintiva, necesaria para la conservación del individuo y la tarea gubernativa consiste en promover la felicidad de la sociedad, por medio del castigo o de la recompensa.

En la proporción en que un acto tiende a estorbar la felicidad, en la medida en que su tendencia es perniciosa, esta será la exigencia que que crea para el castigo. (312)

La sociedad debe ordenarse siempre con miras al mayor beneficio de individuo y también el castigo debe aplicarse con un sentido utilitarista. El objetivo de todas las leyes es *aumentar la felicidad de la comunidad* (313), excluyendo, en la medida en que ello sea posible, todo lo que tiende a perturbar la *felicidad*.

Todos los actos humanos deben tender al logro de lo útil; por eso la ética -dice Bentham, puede definirse como:

(312) BENTHAM, J., *Principios de la moral y de la legislación*, cap. 7, párr. 1.

(313) *Ibidem*, cap. 13, 1.

El arte de dirigir las acciones de los hombres con el objeto de conseguir la mayor cantidad posible de felicidad para aquellos cuyos intereses deben tenerse en cuenta. (314)

Si el principio de la utilidad es un principio bueno para gobernarse, resulta que ...cualquier otro principio diferente debe ser, en todo caso, necesariamente malo. (315).

Bentham rechaza también toda moral de obligación. En un examen atento -así dice- se verá que el deber y el interés coinciden: el deber solo puede consistir en hacer aquello por lo que se tiene interés, dado que no se puede sacrificar el interés a un supuesto deber. La moral, dice en su *Deontología*, jamás podrá consistir en *obligar a un hombre a hacer aquello que no tiene interés en hacer*.

Además, Bentham llega a negar la verdadera libertad, reduciendo el ámbito del querer humano al determinismo psicológico del mayor placer representado. En efecto, la voluntad del hombre tiene como única regla, su propia utilidad y la de la comunidad; por lo tanto el criterio de la máxima utilidad para el mayor número de sus miembros es la *ley suprema*. A este principio el filósofo lo llama *principio de maximización de los placeres y minimización de las penas*. La virtud, como ya lo hemos mencionado anteriormente, *maximiza los placeres y minimiza las penas*. (316)

Por último, y en defensa de su doctrina, ataca Bentham principalmente a los filósofos que se escudan en el principio del *ascetismo* y se trata de todos aquellos que enseñan la abstención o sacrificio de placeres inferiores por motivos superiores de acción. Los divide en dos grupos: los filósofos moralistas como Sócrates, Platón y Aristóteles, los estoicos, etc., y los defensores del ascetismo por motivos religiosos.

En cuanto a los defensores del principio teológico del ascetismo, la agresividad de Bentham es aún mayor, sosteniendo que las prácticas de mortificación, por motivos religiosos, son simples supersticiones. El principio del ascetismo o-

(314) *Ibidem*, cap. 17.

(315) *Ibidem*, cap. 2.

(316) Cfr. BENTHAM, J., *Deontología*, cap. primero. Solo en un escrito del año 1822 cambia el término *maximización* por una fórmula ya usada por Hutcheson, Beccaria y otros.

originalmente pudo haber sido *el sueño de algunos penadores irreflexivos* quienes, habiendo percibido e imaginado que ciertos placeres si se obtienen en ciertas circunstancias no producen sino dolor, tomaron de ello ocasión para oponerse a todo aquello que se les ofreciera bajo el nombre de placer. Fueron tan lejos y olvidaron hasta tal punto la prudencia que llegaron al extremo de encontrar meritorio amar el dolor.

John Stuart Mill (1806-1873)
y su *lógica inductiva*

Hijo del filósofo James Mill es, sin duda, el pensador inglés más importante del siglo XIX. Habiendo abandonado los estudios jurídicos, se ubica en la administración de la India, llegando a ocupar el puesto de director, ocupación que le deja mucho tiempo para dedicarse al quehacer filosófico. Funda muy pronto la *Sociedad Utilitaria*, a la cual se afilian muchos jóvenes políticos ingleses de su época. Se interesa por temas lógicos, metodológicos, políticos, económicos, sociales, etc. De todas sus obras recordaremos *System of Logic, Rationative and Inductive* (1843), *Principles of Political Economy; Essays of some Unsettled Questions of Political Economy* (1844), *Utilitarianism* (1863); *August Comte and the Positivism* (1865); etc. Se publicaron póstumos su *Autobiography* y tres ensayos religiosos: *Nature, Utility of Religion and Theism*. (1874)

Mill considera con mucha simpatía los primeros volúmenes de la filosofía positiva de Comte, pero, luego, su correspondencia con el filósofo francés gradualmente se enfría. En el ensayo sobre Comte, publicado en 1865, subraya los méritos filosóficos del pensador francés pero, al mismo tiempo, pone de relieve aspectos chocantes de la doctrina comtiana; en realidad, Mill, defensor de la libertad individual le repugna el despotismo espiritual y temporal que propugna Comte.

Para Mill el fin social no consiste en establecer un único sistema doctrinario y político opresivo, sino en combatir cualquier forma posible de dogmatismo. A tal fin elabora una nueva ciencia educativa, eminentemente *liberadora*, que llama *Etología* (*ciencia del carácter*) y junto a ésta coloca la Sociología, cuyo objetivo debe ser el descubrimiento de una ley de progreso que haga posible predecir los acontecimientos futuros de la sociedad.

El positivismo de Mill difiere mucho del positivismo comtiano debido a que profesa un empirismo asociacionista que le permite analizar en forma distinta los hechos de la realidad. En efecto, Comte solo admite el hecho como realidad objetiva sin importarle la relación que tiene con la conciencia del observa-

dor; en cambio, Mill sostiene que ese hecho es, ante todo, un *hecho de conciencia*, de ahí que todo el mundo de la experiencia tiene su centro en la misma conciencia del experimentador u observador.

Conviene tener presente, a este respecto, que Mill en su *Sistema de lógica* expone toda su doctrina cuyas variaciones y ampliaciones se encuentran, luego, en las demás obras.

Por de pronto, Mill hace un severa crítica de la antigua lógica aristotélica sosteniendo que la inducción es *el medio de descubrir y probar proposiciones generales y, por lo tanto, lo que sabemos que es verdadero en uno o varios casos determinados, será verdadero en todos los casos del mismo género.*

Todo hecho observado es un *hecho de conciencia*, debida que la relación del sujeto con el objeto observado es fundamental. Así que la experiencia se resuelve en una multiplicidad de *estados de conciencia*, unidos entre sí por *relaciones asociativas*.

Como todos saben, la lógica aristotélica se fundamenta en la deducción silogística, gracias a la cual de dos premisas se pasa forzosamente a una determinada conclusión. Por ejemplo: todos los hombres son mortales; Sócrates es hombre; por lo tanto, Sócrates es mortal. Mill rechaza este procedimiento y recurre a la *asociación*. Si, por ejemplo, un niño se ha quemado la mano al tocar la llama de una vela encendida, tendrá cuidado, al ver otra vela encendida no porque conozca el principio universal de que el fuego quema, sino por que *asocia* la representación del fuego con la del dolor. Para Mill, pues, las proposiciones universales son fórmulas abreviadas que constituyen la suma de los casos experimentados. La certeza de que los resultados experimentales se repitan una y otra vez, se fundamenta en el famoso principio de la *uniformidad de la naturaleza*, por el cual se sabe que causas similares, en condiciones similares, producen efectos similares. El universo -dice Mill- está constituido de tal forma que lo que es verdadero en un caso determinado, será verdadero en todos los demás casos idénticos. Así que tenemos el firme convencimiento de que el fuego quemará mañana porque ha quemado hoy, ayer y en todos los siglos anteriores a nuestra existencia.

Las verdades se descubren mediante inducción y la única justificación de que *esto será así*, es que *esto ha sido siempre así*; por eso toda proposición universal es una generalización de hechos previamente observados. Pero debido a que nunca es posible observar todos los hechos posibles e imaginables, esta generalización se afina en la *uniformidad de la naturaleza*.

que nosotros ya conocemos por experiencia.

Fiel, pues, al empirismo, Mill rechaza el método deductivo y siguiendo a Bacon, Locke y a su progenitor, elige la inducción como único método de investigación científica. Para Mill el silogismo aristotélico no tiene ninguna validez porque se afina en la deducción; en realidad, la premisa mayor del silogismo no es la prueba de la conclusión, sino que es ella misma probada, junto con la conclusión, por una misma evidencia. (317)

Al decir, por ejemplo, *todos los hombres son mortales, el duque de Wellington es hombre; luego, el duque de Wellington es mortal*, se sostiene que la mortalidad de Wellington es deducida de la premisa mayor universal. En realidad, argumenta Mill, no es así, porque una proposición universal no es otra cosa que una *generalización de hechos observados*, siendo el resultado de innumerables observaciones de casos particulares. Esa premisa mayor ya ha sido formada por una inducción previa, basada en la observación de los hechos. Lo mismo sucede con la conclusión, que es otra inferencia obtenida de la observación de innumerables experiencias similares.

Con la inducción llegamos al descubrimiento de todas las verdades científicas; por eso, desde la *Introducción* de su *Lógica*, Mill se libera de todas las cuestiones metafísicas que caen fuera del dominio del método inductivo y, junto a la eliminación de toda realidad metafísica está la eliminación de todo conocimiento *no-empírico* de las verdades. Por eso, dice Schumpeter que, en el caso de la *Lógica* su finalidad práctica era analizar los procedimientos científicos con vistas, primero, a establecer su validez ("a valorar las pruebas") y, segundo, a desarrollar reglas que podían inspirar o guiar la investigación. (318)

La doctrina utilitarista de Mill

Es innegable la influencia que el positivismo comtiano ejerce sobre Bentham y Mill, pero también resulta cierto que el utilitarismo forma parte de una tradición empirista inglesa de la cual el mismo Comte es deudor.

(317) Ver, a este respecto, el libro segundo de su *Sistema de lógica deductiva e inductiva*.

(318) SCHUMPETER, J., *Historia del análisis económico*, Trad. de L. Mantilla, México, FCE, 1971, pág. 398.

En 1863 Stuart Mill publica, bajo el título de *Utilitarianism*, una recopilación de una serie de artículos, aparecidos, durante el año 1861, en el *Frazer's Magazine* y desde las primeras páginas se dedica a perfeccionar y profundizar la doctrina de Bentham. Su más grave preocupación consiste en encontrar una fórmula, adecuada para equilibrar el interés egoísta del individuo con el interés de la sociedad. El hombre -así dice- busca su propio placer, pero, al mismo tiempo, siente la imperiosa necesidad de vivir en sociedad, junto a sus semejantes que también buscan satisfacer sus necesidades e intereses. Es decir que el individuo sabe que no puede vivir sin buscar su propio bien; pero sabe también que es imposible la búsqueda de este bien fuera de la convivencia social. La sociedad, por su parte, obliga a sus miembros a la abnegación y al respecto mutuo de los intereses, así que los objetivos sociales se nos imponen de tal forma que, a veces, no podemos lograr nuestros placeres individuales. En otras palabras, la convivencia social nos obliga a frenar nuestro egoísmo.

Ahora bien, ¿cómo conciliar el egoísmo con el altruismo?

En el capítulo primero de su obra empieza por reconocer que el principio de *Utilidad* ha tenido enorme importancia en la formación de varias doctrinas morales, desde Epicuro hasta Bentham y por eso Mill se dedica a precisarlo:

Those who know anything about the matter are aware that every writer, from Epicurus to Bentham, who maintained the theory of utility, meant by it, not something to be contradistinguished from pleasure, but pleasure itself, together with exemption from pain; and instead of opposing the useful to the agreeable or the ornamental, have always declared that the useful means these, among other things.

Los que saben algo del tema conocen que cualquier escritor, desde Epicuro a Bentham, que ha defendido la teoría de la utilidad, ha querido significar no lo que es contrario al placer, sino el mismo placer, juntamente con la liberación del dolor; y en vez de oponer lo útil a lo agradable o lo ornamental, siempre han declarado que lo útil tiene este significado, entre otras cosas. (319)

(319) MILL, J., *Utilitarianism*. Liberty. Representative Government. Introduction by A. D. Lindsay, London, Dent and Sons, 1954, pág. 5.

El vulgo en general, y también algunos escritores importantes, caen continuamente en un error trivial, dando al término *utilitarismo* el significado de rechazo del placer en algunas de sus formas. De modo, entonces, que, por ignorancia, no solo emplean mal este término, sino que también ocasionalmente, lo emplean como si implicara superioridad sobre la frivolidad y los simples bienestares momentáneos. Por eso el autor se empeña en precisar su significado, aclarando que:

The creed which accepts as the foundation of morals, Utility, or the Greatest Happiness Principle, holds that actions are right in proportion as they tend to promote happiness, wrong as they tend to produce the reverse of happiness. By happiness is intended pleasure, and the absence of pain; by unhappiness, pain and the privation of pleasure.

La teoría que acepta como fundamento de la moral, la utilidad o el principio de la máxima felicidad, afirma que los actos son rectos en la medida en que tienden a promover la felicidad; malos en cuanto tienden a producir lo contrario a la felicidad. Por felicidad se entiende placer y ausencia de dolor; por infelicidad, dolor y privación de placer. (320)

Mill pasa, luego, a defender su doctrina de la vieja acusación según la cual una vida concebida como una permanente búsqueda de placeres, sería una vida *digna de cerdos*. Por eso aclara que el utilitarismo otorga a los placeres espirituales una jerarquía superior a la de los placeres corporales.

It is quite compatible with the principle of utility to recognise the fact, that some kinds of pleasure are more desirable and more valuable than others. It would be absurd that while, in estimating all other things, quality is considered as well as quantity,

(320) *Ibidem*, pág.5.

the estimation of pleasures should be supposed.

Es muy compatible con el principio de la utilidad reconocer el hecho de que algunas "clases" de placeres son más deseables y valiosas que otras. Sería absurdo que, mientras en la estimación de todas las demás cosas se considera la calidad tanto como la cantidad, se supusiera que la estimación del placer solo depende de la cantidad. (321)

Si alguien preguntara a Mill qué entiende por cualidad o cuál es la causa de que un placer sea más valioso que otro, contesta que el más deseable de dos o más placeres es aquél que es preferido por todos aquellos que tienen de ellos una experiencia competente. Y acota que:

It is better to be a human being dissatisfied than a pig satisfied; better to be Socrates dissatisfied than a fool satisfied.

Es mejor existir como hombre insatisfecho que como cerdo satisfecho; mejor ser un Sócrates insatisfecho que un estúpido satisfecho. (322)

Si el estúpido sostiene una opinión diferente de la que tiene un hombre inteligente es porque solo conoce un aspecto de la cuestión, mientras que el inteligente conoce todos los aspectos.

En esto Mill se distancia de Bentham debido a que no es solamente la cantidad de placeres lo que debe prevalecer. Esta calidad es valorada por personas competentes o de *naturalezas superiores*, que han experimentado unos y otros y que han preferido los placeres más nobles, aunque menores en cantidad. Es cierto que muchos prefieren saciar los placeres animales, pero eso no hace variar el criterio de valoración.

Para Stuart Mill el principio de utilidad, tendiente

(321) *Ibidem*, pág. 7.

(322) *Ibidem*, pág. 9.

a procurarnos la felicidad, es evidente por sí; en caso contrario se debería suponer otro principio superior. Es un hecho incontestable que la felicidad es deseable y que es la única cosa deseable como fin y que todas las demás cosas son deseables para alcanzar este fin.

According to the Greatest Happiness Principle, as above explained, the ultimate end, with reference to and for the sake of which all the other things are desirable (whether we are considering our own good or that of other people), is an existence exempt as far as possible from pain and as rich as possible in enjoyments, both in point of quantity and quality.

De acuerdo con el principio de la máxima felicidad, tal como ha sido expuesto anteriormente, el último fin con relación al cual y por cuyo motivo todas las demás cosas son deseables (sea que consideremos nuestro propio bien o el del prójimo), es una existencia exenta de todo posible dolor y lo más rica posible en gozos, tanto en cantidad como en calidad. (323)

Stuart Mill insiste en aclarar que la ética utilitaria no es egoísta, sino que, por el contrario tiene un marcado carácter social y altruísta. En efecto, el principio utilitario incluye no solo la utilidad o felicidad individual sino también la *utilidad social* o el *interés general*. Ambos deben marchar en armonía.

Es cierto que hay en el hombre instintos egoístas junto con el sentimiento altruísta. pero la educación y el progreso social deben desarrollar estos sentimientos altruístas de tal modo que establezcan, en el espíritu de cada individuo, una *asociación indisoluble entre su propio bienestar y el bienestar de todos*. Es decir que la moral utilitaria es una *moral abierta* a las demás doctrinas morales y capaz de integrarlas. En primer lugar, no es extraña a la moral del sacrificio y de la abnegación personal. En efecto, reconoce que los héroes y los mártires pueden vivir

(323) *Ibidem*, pág. 11.

sacrificando su propio bienestar para algo que estiman superior, pero esto no lo hacen buscando la renuncia como valor intrínseco sino para aumentar el bienestar de la humanidad o por el deseo de una felicidad mayor.

¿Quién realizaría un sacrificio si pensase que su renuncia sería infructuosa para su prójimo? La moral utilitaria -insiste Mill- reconoce en los seres humanos el poder de sacrificar su propio bien individual por el bien de otros. Solo se niega a admitir que el sacrificio en sí mismo considerado, sea un bien.

It only refuses to admit that the sacrifice is itself a good. A sacrifice which does not increase, or tend to increase, the sum total of happiness, it considers as wasted. The only self-renunciation which it applauds, is devotion to the happiness or to some of the means of happiness of others; either of mankind collectively, or of individuals within the limits imposed by the collective interests of mankind...In the golden rule of Jesus of Nazareth, we read the complete spirit of the ethics of utility. To do as you would be done by, and to love your neighbour as yourself, constitute the ideal perfection of utilitarian morality. As the means of making the nearest approach to this ideal, utility would enjoy, first, the laws and social arrangements should place the happiness, or (as speaking practically it may be called) the interest of every individual, as nearly as possible in harmony with the interest of the whole; and secondly, that education and opinion, which have so vast a power over human character, should so use that power as to establish in the mind of every individual an indissoluble association between to establish in the mind of every individual an indissoluble association between his own happiness and the good of the whole. (324)

(324) *Ibidem*, cap. 2, pág. 16.

Además, Stuart Mill se empeña en probar que la moral del deber o el principio de la *obligación moral* se adapta a la moral utilitaria. Aun suprimiendo la obligación de origen trascendental, la sanción *interior* radica en lo más íntimo de nuestro ser. Este fenómeno de conciencia, tan complejo en sí mismo, se origina por una asociación de sentimientos subjetivos de simpatía, amor, temor, remordimientos religiosos, etc. que impulsan a obedecer el principio del bien utilitario personal y colectivo. El principio de utilidad -dice en el capítulo tercero de su obra- contiene todas las sanciones que pertenecen a cualquier otro sistema moral. Estas sanciones son externas o internas. De las sanciones externas no es necesario hablar extensamente. Son la esperanza del agrado o el miedo del desagrado de nuestro prójimo o del Legislador del universo. En cuanto a los motivos religiosos, si los hombres creen en la bondad de Dios y piensan que lo que conduce a la felicidad general es la esencia del bien, deben necesariamente creer que esto es también lo que Dios aprueba. Por eso, la fuerza total de la recompensa y castigo externos, físicos o morales, procedentes de Dios o de nuestros semejantes, sirven para reforzar la moral. En cuanto a la sanción interna del deber, este sentimiento constituye la esencia de la conciencia.

Existe, pues, un sentimiento natural poderoso y, una vez que se lo haya reconocido como principio ético de la felicidad general, se constituirá en el fundamento de la moral utilitaria. En el progresivo perfeccionamiento de la mente humana aumentan constantemente las influencias que tienden a generar, en cada individuo, un sentimiento de unidad con sus semejantes. Todo progreso político contribuye a ello, removiendo las causas de intereses opuestos y equilibrando las desigualdades de privilegios legales entre individuos y clases. Al estudioso que encuentre difícil su realización, Mill recomienda leer y meditar el *Traité de politique positive* de A. Comte. (325)

Por lo expuesto vemos como Stuart Mill trata de justificar la doctrina utilitarista frente a cualquier acusación de oportunismo moral y degradación de la dignidad del hombre, esforzándose en reducir todas las normas morales al principio de la mayor utilidad individual y social.

Pero -observa Fraile- por lo mismo que han de ser extraídas de la experiencia

(325) Cfr. *Utilitarianism*, chapter 3, in fine.

serán siempre variables y cambiantes con la evolución de los tiempos. Los mismos principios de la justicia y el derecho están basados en la experiencia, con lo que se niega toda doctrina del derecho natural. A pesar de sus deseos de elevación moral, su empirismo utilitario le hace incidir en un amplio "relativismo moral", con negación de todo principio absoluto del deber. (326)

Además, a nuestro entender, reducir la moral de Cristo afincada en el amor, al cálculo utilitario es demostrar que no se ha captado el verdadero espíritu que late en toda la doctrina cristiana.

Los Principios de Economía Política

En esta obra Mill resume y unifica los resultados que la ciencia económica ha alcanzado a través de Smith, Malthus y Ricardo, definiéndola como la ciencia que estudia los fenómenos sociales que se verifican a consecuencia de la búsqueda de las riquezas, ya sea en su aspecto productivo como distributivo. El tema fundamental que le preocupa es distribuir equitativamente las riquezas para evitar los graves males sociales y la miseria de los trabajadores. Por eso Stuart Mill, bajo la influencia de Saint-Simon y Owen, considera que la cuestión social tiene primacía sobre la cuestión política.

Debemos reconocer que en el planteo y en la solución de este problema Mill se muestra, a veces, vacilante entre el individualismo y el socialismo. Hará depender la elección, principalmente de una sola consideración, a saber: cuál de los dos sistemas se concilia con la mayor suma posible de libertad y espontaneidad humana. Esto significa que lo que impide a Mill adherirse plenamente al socialismo, con el cual comparte el reconocimiento y la condenación de las injusticias sociales, es la necesidad de salvaguardar, en todo caso, la libertad individual.

Conviene recordar que, sobre este tema, escribe un *Ensayo sobre la libertad* que es una exaltación de la libertad individual en todos los campos. Proclama todas las formas de libertad: de conciencia, de pensar, de opinar, etc., siempre cuando no se perjudique a otros. *Ninguna socie-*

(326) FRAILE, G., *Op. cit.*, t.V., pág. 259.

dad -así dice- es libre, cualquiera sea su forma de gobierno, si estas libertades no son en todo caso, respetadas y si no están garantizadas de una manera absoluta y sin reserva.

Agrega que ignora si puede conciliarse el socialismo con la garantía de la libertad individual y remite la cuestión a una organización futura de la sociedad. Con los socialistas comparte el reconocimiento de la condenación de las injusticias sociales, pero lo que le impide adherirse a sus doctrinas es la necesidad de salvaguardar la libertad en todas sus formas. En todo caso, es partidario de la intervención del Estado para ofrecer a los trabajadores, por vía pacífica, el mismo nivel de progreso material y moral que habían obtenido en Francia por medio de la revolución. A tal efecto presenta, en el libro quinto de la obra, algunos proyectos de reforma como, por ejemplo, la partición de los latifundios, un plan emigratorio, el fomento de las asociaciones sindicales y algunas leyes restrictivas de los matrimonios para impedir el aumento de la población. Se declara por último enfáticamente enemigo de la *lucha de clase* e insiste en que todo progreso social debe realizarse en un régimen de concordia.

Ahora bien, Mill, acaso, ha sido un socialista?

Schumpeter, al responder a esta pregunta, dice lo siguiente:

J. S. Mill fue exactamente lo que se entiende por socialista reformista. Su actitud hacia el socialismo siguió una línea de desarrollo constante, cuyas huellas se advierten solo de modo imperfecto en las sucesivas ediciones de los Principios...el socialismo le interesó siempre desde el punto de vista emocional. No sentía predilección por la sociedad en que vivía y, en cambio, simpatizaba notoriamente con las masas trabajadoras. Tan pronto como logró independizarse intelectualmente, abrió con franqueza su pensamiento a las ideas socialistas -principalmente francesas- de su época. Pero siendo, como fue, un economista preparado y una mentalidad fundamentalmente práctica, difícilmente pudo dejar de percibir la debilidad de lo que

poco más tarde, Max calificó de socialismo utópico. Aunque con cierta resistencia, y, salvando la excepción parcial en favor del Saint-Simonismo llegó, consecuentemente, a la conclusión de que aquellos planes no eran otra cosa que bellos sueños. (328)

Lo cierto es que nunca condenó el socialismo sino que lo considera como un *resultado final del progreso humano*, y niega, al mismo tiempo, que el sistema capitalista empeorara las condiciones de las clases trabajadoras.

La justificación moral de su individualismo la basa en la *religión del utilitarismo* de Comte, según la cual la tendencia del individuo hacia la propia felicidad incluye siempre, en mayor o menor medida, la tendencia hacia la felicidad ajena. Por eso hay que reconocer que Comte -dice Mill- a pesar de las reservas impuestas por su sistema político y moral, ha demostrado la posibilidad de otorgar a la humanidad la *fuerza psicológica y la eficacia social de la religión del utilitarismo*.

La idea, pues, de proyectar reformas sociales la fundamenta en su principio de la mayor felicidad para el mayor número posible. Por eso afronta la cuestión de la propiedad privada, comparando la escuela clásica con la marxista y preguntándose cuál de los dos sistemas lleva a una mayor suma de felicidad.

Si el comunismo produjera una mayor felicidad para la sociedad, sería preferible al sistema fundado en la propiedad privada. Pero Mill cree firmemente que el derecho a la propiedad privada se afina en la misma naturaleza humana. Es cierto que la tierra no es producto del trabajo sino un don de la naturaleza, pero es cierto también que por medio del trabajo el agricultor adquiere el derecho de gozar de los frutos de su esfuerzo. Solo si el propietario no aportara ninguna mejora al terreno, su ganancia sería *unearned* (no ganada). En este caso, observa Mill, esa ganancia debe ser devuelta al Estado mediante el impuesto sobre la tierra, que debe absorber la renta. De aquí su conclusión al respecto:

(328) SCHUMPETER, J., *Historia del análisis económico*, trad. de L. Mantilla, México, FCE, 1971, pág. 459/60.

If, therefore, the choice were to be made between Communism with all the chances and the present (1852) state of society with all its sufferings and injustices; if the institution of private property necessarily carried with it as a consequence, that the produce of labour should be apportioned as we now see it. Almost in an inverse ratio to the labour -the largest portions to those who have never worked at all, the next largest to those whose work is almost nominal; and so in a descending scale, the remuneration dwindling as the work grows harder and more disagreeable, until the most fatiguing and exhausting bodily labour cannot count with certainty on being able to earn even the necessities of life; if this or Communism were the alternative, all the difficulties, great or small, of Communism would be but as dust in the balance. (329)

Si, por consiguiente, tuviera que hacerse una elección entre el comunismo, con todos sus riesgos y el estado presente (1852) de la sociedad con todos sus sufrimientos e injusticias; si la institución de la propiedad privada acarreará, forzosamente, como una consecuencia que el producto del trabajo se repartiera tal como lo vemos hoy en día, casi en razón inversa del trabajo (realizado) -la parte mayor para aquellos que nunca trabajan: la parte siguiente en magnitud para aquellos cuyo trabajo es casi nominal; y así sucesivamente en una escala descendente; disminuyendo la remuneración a medida que el trabajo es más duro y desagradable, hasta que la actividad corporal más fatigosa y agotadora no puede tener la certeza de ganar ni siquiera las cosas necesa-

(329) MILL, J. S., *Principles of Political Economy...*, II, 1, 3, pág. 308.

rias para vivir, si esto o el comunismo fuese la alternativa todas las dificultades, grandes o pequeñas del comunismo, no pesarían nada en la balanza. (329)

Como ya hemos podido observar, Mill es un individualista que posee una enorme fe en la libertad individual, pero, enfrentado a los males sociales de su época, no puede permanecer indiferente y de ahí esa actitud de *socialista reformista* y esas *contradicciones bastante frecuentes en sus escritos e incluso cambios de frente en toda la línea. (330)*

Sea como fuese, Mill elabora un plan de reformas sociales tendientes a mejorar el estado de la clase trabajadora. Por de pronto, no es partidario de la existencia de grandes latifundios, sino que es un admirador de la pequeña propiedad agrícola que tiene la ventaja de repartir la renta entre muchos pequeños propietarios y asegurar una cierta independencia y libertad en el campo de la producción. Además, Mill es favorable a la formación de cooperativas agrícolas para eliminar el trabajo asalariado, sustituyéndolo por asociaciones de trabajadores independientes y en régimen de igualdad.

Otro proyecto de reforma, para lograr una mayor igualdad, es la limitación de las herencias proponiendo no la abolición del derecho de testar -cosa contraria al principio de la libre disposición de sus propios bienes- sino la abolición del derecho de recibir un haber hereditario superior a ciertos límites o una herencia no ganada con el propio trabajo.

Ahora bien, Mill está convencido de que el movimiento progresivo no puede continuar hasta el infinito, sino que se detiene, en un cierto punto más allá del cual no habrá interés en ahorrar y no habrá nuevos capitales para invertir productivamente. Se llega, así, a ese famoso *estado estacionario* de capitales y de población, que Mill concibe con mucho optimismo. En él, la riqueza estará mejor distribuida gracias a la prudencia y a la moderación de los individuos. Por supuesto que el estado estacionario no implica un estancamiento en el progreso humano, ya que siempre habrá progresos morales y sociales para perfeccionar el arte de vivir.

(330) GIDE-RIST, *Historia....*, Op. cit., pág. 569.

El primero en hablar de un *Estado estacionario* en la producción de los bienes y en la población fue Platón (331) seguido, en la Edad Moderna, por Malthus quien indica el camino por el cual la humanidad, en lugar de agotarse en esfuerzos inútiles para enfrentar las exigencias de una población creciente, debe tratar de organizar un Estado estacionario con una población fija. Mill, inspirándose en Platón y en Malthus, quiere que la generación joven se reduzca a lo estrictamente necesario para reemplazar a la generación vieja, aclarando además que en ese Estado solo se estacionará la cantidad de la población y de la actividad económica, *pero no la inteligencia humana*.

Esta nueva sociedad se caracterizaría por *largos ocios* dedicados al enriquecimiento moral, social y artístico. Los inventos mecánicos no servirían ya para aumentar la producción sino para crear *tiempo libre*. De esta manera la máquina volvería a su verdadera misión, que es la de emancipar a los hombres de los trabajos más agobiantes.

Con Stuart Mill y su teoría del estado estacionario -dice Gonnard- parece que el dios del genio industrial, el dios de los inventos y las empresas se detiene al cabo de tres cuartos de siglo de trabajo y esfuerzo...Este Prometeo desencadenado que se interroga y escucha, oye cómo sube un rumor repleto de lamentaciones y de amenazas, en el cual resuenan con significación nueva las mismas palabras que salmodiaron sus sacerdotes...(332)

Observaciones

Limitándonos exclusivamente al aspecto filosófico y social de la doctrina de Mill, podemos afirmar que su utilitarismo individualista implica buscar, en un clima de libertad, su propio bien y, simultáneamente, el bien del prójimo. Es decir que el individualismo de Mill no excluye el bienestar de los demás, sino que, por el contrario, en la felicidad que se ofrece a los otros se encuentra nuestra

(331) LETIZIA, F., *Fundamentación filosófica de las doctrinas económicas*, t.I, cap. VI, pág. 111 y ss.

(332) GONNARD, R., *Historia...*, *Op. cit.*, pág. 378.

propia felicidad. Mill, pues, atenúa el significado de la fórmula de *cada uno para sí* insistiendo en el hecho de que toda actividad económica debe realizarse en un clima de armonía y bienestar general.

En lo tocante al problema demográfico, va mucho más lejos que el mismo Malthus; en realidad considera la explosión demográfica como una consecuencia de la prédica religiosa, moral y, a veces, también política, y acusa a la religión cristiana y en modo particular al clero católico de ser el directo responsable de la existencia de familias con muchísimos hijos.

Religion, morality, and statemanship have vied with one another in incitements to marriage and to the multiplication of the species, so it be but in wedlock. Religion has not even yet discounted its encouragements. The Roman Catholic clergy...everywhere think it their duty to promote marriage, in order to prevent fornication. There is still in many mind, a strong religious prejudice against the true doctrine. The rich, provided the consequences do not touch themselves, think it impugns the wisdom of Providence to suppose that misery can result from the operation of a natural propensity: the poor think that "God never sends mouths but he sends meat".

La religión, la moral y el arte de gobernar han disputado entre sí para estimular el matrimonio y la multiplicación de la especie, pero siempre dentro del matrimonio. La religión no ha cesado aun de estimularla. El clero católico romano...juzga que en todas partes es su deber fomentar el matrimonio para prevenir la fornicación. Todavía existe, en mucha gente un fuerte perjuicio religioso contra la verdadera doctrina. Los ricos, a condición de no sufrir ellos mismos las consecuencias, piensan que es contrario

a la sabiduría de la Providencia suponer que la miseria pueda ser el resultado de una actividad natural; y los pobres piensan que "Dios nunca da bocas sino comida" (cada hijo trae un pan debajo del brazo). (333)

Como si esta afirmación no bastara, Mill agrega que es realmente vergonzoso que un ciudadano tenga muchos hijos a quienes no puede alimentar; así que más que la compasión merece el desprecio público.

While a man who is intemperate in drink, is discontenanced and despised by all who profess to be moral people, it is one of the chief grounds made use of in appeals to the benevolent, that the applicant has a large family and is unable to maintain them.

En tanto que un hombre que bebe intemperantemente es desaprobado y despreciado por todos aquellos que se consideran personas morales, (sucede que) es uno de los principales motivos para apelar a la caridad, el hecho de tener una familia numerosa a la que no pueda mantener. (334)

En la misma página, en una nota, el autor observa que no se puede lograr ninguna solución a tal problema *until the producing large families is regarded with the same feelings as drinkness* (hasta que el hecho de procrear familias numerosas no sea considerado con los mismos sentimientos que la embriaguez). Pero mientras la aristocracia y el clero sigan dando malos ejemplos, ¿qué se puede esperar del pueblo?

Casi todo el mundo -sigue argumentando Mill- admite que es posible retrasar el matrimonio y vivir en abstinencia mientras se es soltero, pero una vez que las personas se han casado a nadie parece ocurrírsele la idea de que tener o no tener hijos *is amenable to their own control* (está sujeto a su propio control). No hay que pensar que chil

(333) MILL, J. S., *Principles...*, Op. cit., II, 13, 1.

(334) *Ibidem*.

dren were rained down...direct from heaven (los chicos lluevan directamente del cielo) sin la intervención de los padres, que son los únicos y directos responsables del número de sus descendientes.

Este problema -concluye el filósofo- es realmente grave y tiene que resolverse de una vez por todas; por eso Mill reclama del gobierno la elaboración de una ley que prohíba formalmente el matrimonio a los indigentes. Como es fácil observar, en este caso Mill llega incluso mucho más lejos que el mismo Malthus quien nunca se atrevió a esto.

Por último, en los tres ensayos póstumos *Naturaliza; Utilidad de la religión y Teísmo*, intenta encauzar la religión entre los límites de la experiencia dándole un fundamento científico. Estima que el teísmo no es incompatible con las verdades de la ciencia y que es evidente que Dios tiene un poder y una inteligencia que son enormemente superiores a los del hombre. Pero este Dios es una especie de Demiurgo cuya fuerza no es omnipotente y cuya bondad y sabiduría son limitadas debido a su incapacidad de organizar un mundo mejor. La limitación divina está confirmada por el hecho de que no existe una sombra de justicia en la marcha de los acontecimientos humanos y que el hombre tiene que luchar continuamente contra las inmensas dificultades naturales. Parece como si Dios hubiese fracasado en algo.

Pero el filósofo, a pesar de estas críticas, sostiene que la religión cumple un papel fundamental en la sociedad porque pone un límite a las pretensiones sumamente egoístas de los hombres. Además, siguiendo las huellas de Comte, está convencido de que la *religión de la Humanidad* constituye un poderoso factor de elevación moral, manifestando, de esta manera, su gran *utilidad* para una armónica convivencia social.

Con respecto a la doctrina del *valor* sostiene que las variaciones del mismo se explican por la ley de la oferta y la demanda, pero que la causa verdadera del mismo hay que buscarla en el costo de producción porque en un régimen de competencia, las oscilaciones del valor tienden siempre hacia ese punto. Distingue, pues, un *valor temporal o inestable*, regulado por la ley de la oferta y la demanda, y un *valor permanente o natural*, determinado por el costo de producción. Con esta aclaración, Mill está tan satisfecho que llega a escribir:

Happily there is nothing in the laws of value which remains (1848) for the present or any future writer to clear up; the theory of the subject is complete; the only difficulty to be overcome is that of so stating it as to solve by anticipation the chief perplexities which occur in applying it.

Afortunadamente no hay nada que aclarar en las leyes del valor (1848), ni para los actuales ni para los futuros escritores; la doctrina del tema está completa; la única dificultad a superar es que hay que exponerla de tal forma que se resuelva anticipadamente las dudas más importantes que se presentan al aplicarla (335)

Concluyendo, podríamos decir que Mill, en lo tocante al problema religioso, moral y demográfico presenta, a veces con crudeza, soluciones que suscitan un enérgico rechazo en muchos lectores. Sin embargo, abre nuevas y fecundas perspectivas en el campo de la lógica. Por otra parte, y en el campo estrictamente económico, admite la existencia de leyes naturales que si bien carecen del carácter providencial y normativo que los Fisiócratas y los Optimistas les atribuían, se concilian, perfectamente, con la libertad de los individuos. Las leyes económicas se afincan, en última instancia, en las leyes naturales y no son otra cosa que relaciones que se establecen espontáneamente entre seres libres. De la obediencia de estas leyes depende la utilidad individual y social.

(335) MILL, J., *Principles...*, Op. cit., III, 1,1.